

# LA AYUDA A LOS PAISES SUBDESARROLLADOS

**E**N el orden del día de la última reunión del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, celebrada en Washington en medio de gran expectación, ha figurado en lugar principal la necesidad de mantener y potenciar la «ayuda» a los países subdesarrollados. «La suerte de 800 millones de personas de los países en desarrollo no mejorará en la presente década sin un renovado esfuerzo mundial de ayuda», advierte con énfasis el Banco Mundial en su informe anual, publicado el pasado día 23 de septiembre. McNamara mismo, presidente del Banco, ha propuesto que éste preste 36.000 millones de dólares a las naciones pobres en el próximo lustro, es decir, una cantidad doble de la actual. El propio Gerald Ford, en discurso pronunciado ante la Asamblea General de la ONU, afirmó que los Estados Unidos están dispuestos a aumentar su ayuda a los países subdesarrollados. Y hasta el pragmático y tortuoso Kissinger ha enarbolado la filantrópica bandera de la ayuda de los poderosos a los pobres de la tierra.

Parece momento adecuado para concienciarnos de lo que realmente quieren decir tan soberbios personajes cuando hablan de «ayudar» al mundo subdesarrollado. Se trata de penetrar, de la manera más científica posible, los misterios semánticos de esa palabra —ayuda—, con la que se quiere sublimar las relaciones internacionales de nuestros días, o sea, las relaciones de dominación y de explotación que sostiene una parte del mundo —la más rica y potente— con el resto —miserio y débil—.

Con lo dicho ya acabamos de anticipar, de alguna manera, nuestra tesis sobre la cuestión: la tan sonada ayuda a los países subdesarrollados no es más que otro de los mecanismos imperialistas contemporáneos. El concepto, tan evangélico, de ayuda no sirve en este caso —según demostraremos— más que para enmascarar una realidad inversa. Al socaire de las condiciones mundiales generadas por la segunda guerra mundial, las naciones imperialistas, en general, y Norteamérica, muy en particular, parasitan al abrigo de ese concepto ético que es el de ayuda.

Hemos analizado ya en un trabajo anterior (ver TRIUNFO, núm. 627) otro de los mecanismos imperialistas característicos de nuestra época, el «drenaje de cerebros». Vale marcar la curiosa diferencia que existe entre éste y el que hoy nos ocupa: mientras que en el prime-

ro se da una rigurosa coincidencia entre el concepto y la realidad que designa —el término «drenaje» canta por sí solo su naturaleza esquilmadora—, en el segundo existe un completo divorcio —el término

«ayuda» a los países subdesarrollados por parte de las naciones capitalistas más altamente desarrolladas no existe en función de las necesidades reales de los primeros, sino en función de

los criterios que rigen para la concesión de créditos, tasas de interés de los mismos y condicionamientos que comportan. La condición de mecanismo imperialista de la «ayuda» se desvela, a su vez, en la medida en que se descubren los canales de explotación internacional que encubre y potencia.

## José Acosta Sánchez

«ayuda» oculta la sustancia imperialista de la realidad que designa—. En este caso, pudiéramos decir que se ha expropiado a los pueblos explotados hasta del verdadero nombre de la situación que padecen. Lo que no implica que en su lenguaje interno los beneficiados no llamen al fenómeno por su nombre. Así, un Presidente USA diría a los hombres de negocios de su país en una reunión íntima: «La ayuda exterior constituye un método por el cual los Estados Unidos mantienen una posición de influencia y de control sobre el mundo entero» (del discurso de J. F. Kennedy en el Economic Club, de Nueva York, en diciembre de 1962).

Así, pues, la primera «falsa conciencia» que hay que desterrar es la creencia de que «ayuda» a los países subdesarrollados constituye una forma de generosidad internacional. Las calificaciones que la «ayuda» ha recibido de investigadores imparciales dicen otra cosa muy distinta. Para Georges Fournial, la «ayuda» se revela «como uno de los medios del imperialismo para asegurar su dominación» (1). Para Pierre Jalée, la «ayuda» constituye «una rigurosa necesidad, a fin de que el sistema de explotación pueda perpetuarse sin demasiados obstáculos» (2). Para Michael Hudson, el fenómeno se presenta como «una estrategia sistemáticamente mantenida de mendicidad internacional» (3). Para Samir Amin, la intención fundamental de la «ayuda» consiste en el «mantenimiento del "statu quo" internacional que impone a la periferia del sistema capitalista mundial una especialización desigual» (4). Para nosotros está muy claro un princi-

pal de base: la «ayuda» a los países subdesarrollados por parte de las naciones capitalistas más altamente desarrolladas no existe en función de las necesidades reales de los primeros, sino en función de

las necesidades económicas y políticas de quienes la conceden y, fundamentalmente, de la estrategia imperialista de Norteamérica. Este último punto se elucida en la medida en que se desentraña la estructura de la «ayuda», su andamiaje interno: organismos, sedes y personal dirigente de éstos, forma de reclutamiento de su burocracia,

## Estructura de la «ayuda» internacional

Los grandes organismos encargados de vehicular la «ayuda» son el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Asociación Internacional de Desarrollo (AID). A nivel regional existen, entre otros, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, práctica-



Robert S. McNamara, antiguo secretario de Defensa de los Estados Unidos y actual presidente del Banco Mundial.





El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que constituyen el sistema nervioso de las finanzas mundiales y de la «cooperación» económica internacional, comparten un mismo edificio en Washington y publican conjuntamente una revista: «Financiación y Desarrollo». (En la foto, vista general de una sesión de apertura del FMI y del Banco Mundial.)

mente obsoleto, la Banca Africana del Desarrollo, etcétera.

La inmensa tela de araña de la «ayuda internacional» puede ser desmitificada a partir de la constatación de que, entre todas las instituciones citadas, sólo la AID y el Banco Interamericano de Desarrollo merecen el nombre formal de organismos de ayuda internacional. Y decimos que sólo formalmente pueden calificarse de tales, porque tal naturaleza queda desvirtuada en la práctica por dos notas: a) el escaso volumen de sus aportaciones —237 créditos a 55 países en los veinticinco años que van de 1946 a 1971, para la AID—; b) los criterios establecidos para la concesión de los créditos, el pillaje internacional que éstos han supuesto y la manipulación de ambos organismos por parte de los Estados Unidos, que los tienen colocados al servicio de sus estrictos intereses. «La AID —institución de «ayuda» internacional por antonomasia— tiene escasa autonomía y ha de someter sus decisiones a Washington; sus misiones locales, en los países receptores de la «ayuda» se encuentran sometidas oficialmente a la autoridad del embajador de los Estados Unidos» (5).

Con lo dicho hemos entrado en uno de los aspectos decisivos de la cuestión: el control total de Norteamérica sobre todos los organismos de «ayuda» y de crédito en general, pasando por la ubicación de las sedes de los organismos y el sistema de reclutamiento de la burocracia. «Los funcionarios norteamericanos de los organismos de ayuda internacional —nos dice Harry Magdoff— intervienen necesariamente en los asuntos económicos del país receptor de la ayuda, y esto lo practican a todos los niveles: establecen alianzas con los funcionarios proamericanos de los Gobiernos —frecuentemente con los que han sido educados en los Estados Unidos— y suministran

los consejeros y técnicos que han de residir en el país de que se trate para realizar los programas de ayuda. El objetivo óptimo es alcanzado cuando, como en el caso de Grecia, se firma un contrato entre el Gobierno griego y una compañía americana —la Litton International Corp.— para tomar a cargo la programación del desarrollo económico para toda la isla de Creta» (6).

La ubicación de las sedes de los organismos principales y el modo como se toman las decisiones son también exponentes básicos de la dominación norteamericana sobre las instituciones internacionales de «ayuda». Se sabe que el Banco Mundial y el FMI —que constituyen el sistema nervioso de las finanzas mundiales y de la «cooperación» económica internacional— comparten un mismo edificio en Washington, publican conjuntamente una revista —«Financiación y Desarrollo»—, tienen convenios y tratados encubiertos para realizar sus operaciones y poseen unos órganos de gobierno similares. Ambos tienen un Consejo de Gobernadores, cada uno de los cuales representa a un país miembro, y doce administradores ejecutivos, cinco designados por los cinco miembros que pagan las mayores cuotas y siete elegidos por los restantes miembros. El derecho de voto está en proporción al importe de las cuotas. Por esa razón, los Estados Unidos, que pagan las cuotas más elevadas, controlan por sí solos el 30 por 100 de los votos. «El sistema de votación proporcional, junto al hecho de que la sede de estos organismos esté localizada en Washington, ha significado —ha dicho Teresa Hayer, que conoce el tema desde dentro— que los objetivos de los grandes poderes económicos, y los de los Estados Unidos, en particular, se hayan reflejado estrechamente en las actividades de los mismos» (7).

El control de esos grandes organismos «internacionales», que le permite una dominación indirecta, o no directamente visible, del mundo capitalista y el mundo subdesarrollado, es muy rentable para Norteamérica: «la imposición de su voluntad no resulta inquietante cuando se coloca bajo los auspicios de una organización internacional» (8).

Otro de los puntos clave en la investigación de la estructura de la «ayuda» internacional lo constituye el análisis de la filosofía que preside la actuación de los organismos dominantes. A este respecto, el carácter netamente capitalista —dirigido al beneficio y en provecho de la acumulación burguesa— está patente en los propios Estatutos del Banco Mundial, también llamado Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo. En un informe del propio Banco se remacha el carácter de éste en tanto «institución concebida para funcionar según los sanos principios comerciales, cuyos Estatutos le imponen la obligación de actuar con prudencia en interés tanto del Estado prestatario como de la colectividad de los Estados miembros». Más claro aún: «El Banco rechaza y concede créditos como todo buen banquero, según la opinión que se forma de la confianza del que solicita el préstamo» (9). Estamos ante un rancio principio financiero de la más pura dialéctica calvinista: conciliar la ayuda con la usura; salvar el alma al tiempo que la cartera. «Os ayudamos» —dice el Banco Mundial a los países pobres—, a condición de explotarlos. Hoy os damos diez, a condición de que mañana nos devolváis treinta». Y cada operación de este tipo se sublima y zahúma en ceremonia oficiada por el gran chantre de la «casa», el señor McNamara, al olor de la gran

frase: «ayuda a los pueblos subdesarrollados».

En el programa reivindicativo de estos pueblos está clavada la siguiente exigencia: «que los Estados imperialistas renuncien a las tasas usurarias de sus préstamos y créditos, exigencia que se apoya en el derecho de los países antes colonizados a una compensación por el pillaje que han sufrido durante siglos» (10). Pero ni la explotación pretérita se subsana ni se mitiga la presente.

Eso lo vamos a comprobar cuando a continuación desenmascaremos los turbios canales de expropiación camuflados en la maleza de la «ayuda».

En tal sentido, la «ayuda» a los países subdesarrollados ha sido y es instrumentalizada por Norteamérica —y en menor escala por otras potencias capitalistas— en orden a los siguientes fines fundamentales:

1. Para dar salida a sus mercancías excedentes, a precios más altos que los que imperan en el mercado mundial, y de calidad inferior a las que circulan en régimen de competencia internacional.

2. Para abrir o consolidar la penetración de los grandes monopolios.

3. Para reforzar la dependencia y subordinación en que se encuentran los países del Tercer Mundo respecto a las potencias capitalistas, y en particular respecto a Norteamérica.

4. Como un medio más al servicio de la tarea de redivisión imperialista emprendida por Norteamérica en su beneficio a partir de la segunda guerra mundial; es decir, como un instrumento de penetración del capital americano en las áreas de los antiguos Imperios coloniales europeos.

Adentrémonos de manera sucinta en el análisis de cada uno de esos capítulos.

## La «ayuda», como cauce de explotación comercial

Ya hemos marcado el carácter usurario de los préstamos y créditos de la «ayuda» internacional. «Los préstamos concedidos a los países en desarrollo por los Estados Unidos —nos dice M. Hudson— y por el Banco Mundial, al que controlan, lo son en unos términos cuyos efectos globales resultan, en general, más onerosos que los préstamos comerciales». Pero es importante tener en cuenta que el carácter oneroso de este tipo de préstamos no estriba sólo, ni principalmente, en los usuarios tipos de interés (el 7,25 por 100, para los préstamos concedidos por el Banco Mundial, según datos de 1970), sino en el hecho de que, al contrario que en los préstamos normales, el país que recibe el crédito no puede disponer de él libremente: debe emplearlo siguiendo las «sugerencias» de la entidad que lo presta. Y es por aquí por donde los prestamistas —los Estados Unidos— aprovechan para vender mercancías o bienes de equipo en condiciones esquiladoras. «Los dos tercios de los créditos suministran-

(5) Teresa Hayer, «Aid as imperialism». Edición castellana de Ed. Planeta. Barcelona, 1972. Página 122.

(6) Harry Magdoff, «The Age of Imperialism». Edición francesa de Maspero. París, 1970. Página 136.

(7) T. Hayer, opus cit. Página 57.

(8) Mason, «Foreign Aid and Foreign Policy». Nueva York, 1964. Página 47.

(9) «La documentation française. Notes et Etudes Documentaires». Artículos sobre «La Banca Mondiale. Vingt cinq ans après». Número 3.920. Diciembre 1972. Página 26.

(10) George Fournial, opus cit. Pág. 8.



## LA AYUDA A LOS PAISES SUBDESARROLLADOS

dos por los Estados Unidos a los organismos internacionales de "ayuda" son empleados sobre el propio mercado americano. Se trata, pues, de una "ayuda" —afirma G. Fournial— que en lo esencial aprovecha a los propios Estados Unidos. Además de que se desembarazan por este sistema de sus excedentes, el país ayudado compra obligatoriamente productos de calidad inferior, y a unos precios frecuentemente más elevados que los del mercado mundial. Un ejemplo claro es el de Pakistán, que perdió 60 millones de dólares en 1966, de los 500 millones que había recibido como "ayuda". ¿Por qué? Por haber sido obligado a comprar con el importe del crédito recibido de la AID unos metales y unas láminas siderúrgicas a Norteamérica a unos precios superiores en un 40 ó 50 por ciento a los que regían en el mercado mundial» (11).

Ese hecho histórico y otros muchos de su misma calaña dejan en el lugar que le corresponde —es decir, en el cubo de las falacias— al principio, según el cual, y conforme figura en los Estatutos del Banco Mundial y de la AID, «los países que reciben la "ayuda" son libres de hacer sus compras en el país que lo deseen».

Por otra parte, los grandes beneficios que la «ayuda» exterior reporta al capitalismo americano —por los canales que acabamos de describir— están reconocidos con todo cinismo por los propios capitalistas. Valga como muestra el siguiente testimonio, recogido en un artículo de la «Harvard Business Review», en febrero de 1968: «Si bien la AID no se ocupa específicamente de subvencionar a los exportadores americanos, de hecho les suministra unos subsidios indirectos. Esto es cierto en cuanto ciertas exportaciones nuestras no hubieran tenido lugar de no existir la ayuda exterior. Más claramente aparece aún ese hecho en el caso de un cierto número de mercancías americanas cuyos precios son superiores al de los que rigen a nivel mundial, pero que, sin embargo, son exportados porque los fondos de la AID se encuentran autoritariamente afectados a su compra. El costo de estos bienes —se remacha— que nosotros financiamos puede elevarse considerablemente por encima de los precios imperantes en el mercado mundial».

La rentabilidad de la «ayuda» a los países subdesarrollados no termina en lo expuesto, pues además proporciona un importante negocio complementario de fletes a la Marina Mercante de los Estados Unidos, ya que otra de las «sugerencias» que reciben los países receptores es la de emplear barcos de pabellón americano. Por donde se consuma el cuarto expollo —después del de los precios, la calidad

y el interés usurario—. «En efecto, por dieciocho grandes locomotoras transportadas a cubierto del programa de ayuda a Pakistán, el Gobierno pakistaní pagó a una línea americana unos gastos de transporte superiores en un ¡113 por ciento! a los que hubiera pagado si hubiera tenido la libertad de aceptar la oferta más barata. Por el transporte de veinte locomotoras de tamaño más reducido, el mismo Gobierno pagó en otra ocasión a otra compañía americana de transportes un precio superior al 62 por ciento del dominante en el mercado» (12).

### La «ayuda», al servicio de las multinacionales

La «ayuda» al exterior constituye uno de los cauces más eficaces para la promoción de las inversiones del capital americano en el extranjero, un valioso instrumento al servicio de los grandes monopolios americanos en el Tercer Mundo. En ese contexto, podemos distinguir dos grandes objetivos: uno de carácter táctico, que opera a corto plazo: proporcionar bases de expansión y beneficios inmediatos a las grandes compañías americanas; otro de tipo estratégico, de largo alcance: poner las condiciones que aseguren la expansión del sistema capitalista de producción y permitan atajar a tiempo las opciones socializadoras.

Los altos funcionarios de la Administración ponen buen cuidado en convencer a los hombres de negocios americanos —asustadizos hasta de la mera palabra «ayuda»— de los objetivos tácticos de la misma. O sea, derrochan saliva a la hora de convencer al capitalista americano de que los programas de «ayuda» al exterior no tienen nada que ver con los más remotos sentimientos filantrópicos, de que la defensa de sus intereses está en buenas manos. Así, el en su día secretario adjunto de Comercio Andrew F. Brimmer, enfatizaba en una reunión con hombres de negocios: «Si estos programas de ayuda fueran suspendidos, las inversiones privadas podrían perderse, ya que no existirían condiciones seguras para permitirnos realizarlas» (13).

Esa clave de la extensa maraña de la «ayuda» internacional engendra toda una picaresca imperialista en torno a ella, que sería jocosa de no ser trágica para los pueblos que son sus víctimas. Por ejemplo, y en palabras de M. Hayter: «Los latinoamericanos acostumbra a decir que lo primero que hacen es buscar la trampa en las ofertas de ayuda que reciben. La trampa puede encontrarse en que los programas de ayuda incluyen condiciones que no tienen nada que

ver con el desarrollo del país receptor, sino que hacen referencia al trato que ha de concederse a los inversores privados de los Estados Unidos».

El análisis más elemental demuestra con toda claridad que «la misión central de la "ayuda" consiste en favorecer la penetración de los monopolios en el Tercer Mundo. Mediante la enmienda Adler de 1963 a una Ley americana de 1962, se condiciona la ayuda de los Estados Unidos a los países subdesarrollados a una garantía de los Gobiernos de estos países respecto a las propiedades americanas en ellos. Otra Ley exige que la mitad de la "ayuda" se emplee en estimular el progreso a través de las empresas privadas americanas. Resultado: en 1967 se podían contar ya setenta y ocho países en el mundo que, bajo la presión norteamericana y bajo el chantaje de la "ayuda", garantizaban las inversiones de los monopolios americanos contra lo que éstos llaman "riesgos políticos"» (14).

La forma en que la «ayuda» aprovecha a los monopolios americanos con cargo a los países subdesarrollados se transparenta a través de algunos ejemplos históricos. Mediante ellos podemos hacer la radiografía de la «ayuda» en un país concreto, que puede ser la República Dominicana: 1) De un préstamo recibido, en concepto de «ayuda», por un valor de cuarenta millones de pesos, es obligada a destinar 400.000 para la sociedad americana Nebraska, que se dedica a la explotación de tierras; 2) la sociedad americana Falconbrigde posee una fundición en la región minera de Maimon-Hatuey; pues bien, con cargo al Estado dominicano se construyó la carretera que va de Piedra Blanca a Matillo, de treinta y seis kilómetros, que costó seis millones de pesos y que no sirve más que a la sociedad citada, que no pagó ni un céntimo por ella; ejemplo claro de creación de infraestructuras que sirven exclusivamente a los monopolios imperialistas; 3) la compañía americana America Can trabaja en la República Dominicana con unos créditos que el Gobierno dominicano ha recibido del Banco Mundial y de la AID; dicho «trust» trabaja, pues, de hecho, con unos créditos que el Estado dominicano debe a los organismos internacionales de crédito; si la citada empresa funciona, los beneficios serán para los accionistas americanos; si no funciona, será la República de Santo Domingo la que asuma los riesgos; además es el país «ayudado» el que debe pagar los intereses de los préstamos, y los beneficios de la compañía americana disfrutarán de una desgravación fiscal del 50 por ciento durante los cuatro primeros años. El caso se dio en la pasada

década, para ejemplo e ilustración de la naturaleza de la «ayuda» a los países subdesarrollados.

Otro ejemplo valioso: el Gobierno de la India insistía en controlar, en ejercicio de su soberanía, la distribución y los precios que la Standard Oil de Indiana quería imponer a sus lubricantes para su venta en el territorio indio; «el arma utilizada en este caso por el Gobierno americano para defender los intereses de la compañía en cuestión consistió en maniobrar con los llamados "alimentos para la paz" destinados a la India hambrienta, los cuales fueron dosificados y retrasados hasta que el Gobierno indio desistió de su derecho soberano a controlar la distribución y precios de las mercancías de un monopolio extranjero» (15).

Estimulando mediante los programas de «ayuda» la penetración de los monopolios americanos en el Tercer Mundo, Norteamérica pone las condiciones para la reproducción del sistema capitalista a nivel universal. La «ayuda» se emplea, por ese y por otros medios, para obligar a los Estados receptores a aceptar los principios económicos del capitalismo, para desprestigiar y marginar todo enfoque público o socializante. He ahí el efecto de más largo alcance imperialista de la «ayuda», o sea, su estrategia.

### La «ayuda» refuerza la dependencia del mundo subdesarrollado respecto al mundo capitalista

«La "ayuda" —ha dicho M. Hudson— ha impuesto el vasallaje a los países subdesarrollados en forma de pagos contractuales de la deuda, que representan una hipoteca de su capacidad futura, así como un lastre fundamental a la hora de guiar su economía hacia un desarrollo autónomo e independiente».

La «ayuda», en tanto mecanismo imperialista, genera la subordinación de los países receptores a todos los niveles —tanto económico como político e ideológico—. Ahora bien, la manifestación más visible y cruda de la dependencia que entraña viene constituida por el proceso de endeudamiento que acarrea. Para los países «ayudados», el perjuicio más grave —como apunta G. Fournial— es el que constituye su endeudamiento. La cuestión se presenta con toda claridad a través de un ejemplo, el cual pone de manifiesto con cuánta facilidad se invierte la dirección del flujo de capitales que en principio representa la «ayuda»: «En 1965 y 1966, el Gobierno de

(11) Idem. Páginas 2 y 3.

(12) Harry Magdoff, opus cit. Pág. 126.  
(13) Idem. Página 131.

(14) G. Fournial, opus cit. Págs. 3 y 4.

(15) H. Magdoff, opus cit. Página 123.





Quando el Gobierno de la India insistió, hace unos años, en controlar, en ejercicio de su soberanía, la distribución y los precios que la Standard Oil de Indiana quería imponer a sus lubricantes, Washington presionó sobre Nueva Delhi maniobrando con los llamados «alimentos de la paz», destinados a la India hambrienta.

los Estados Unidos concedió 603 millones de dólares en concepto de créditos a Sudamérica, pero durante el mismo periodo estos países reembolsaron a los Estados Unidos 350 millones de dólares que le adeudaban, y 142 millones en concepto de intereses. Más aún; siempre en el mismo periodo, Norteamérica obtuvo en América Latina 1.600 millones de dólares de beneficio, es decir, catorce veces más de lo que ha invertido en créditos públicos y privados» (16).

La dependencia que entraña la «ayuda» se refuerza en cuanto que el país receptor «se ve obligado a pasar pedido al país donante». En definitiva, y según palabras de Yves Benot, la «ayuda» está «calculada para permitir el funcionamiento del sistema de dependencia de la periferia del sistema capitalista mundial respecto al centro sin acudir a una ocupación directa».

### La «ayuda», al servicio de la estrategia imperialista de USA

Uno de los procesos fundamentales que se ponen en marcha a raíz de la segunda guerra mundial es el de la penetración del capital americano en las áreas de los antiguos Imperios coloniales europeos. Este fenómeno de **redivisión imperialista**, conforme a una nueva correlación de fuerzas a nivel internacional, es algo característico de cada nueva fase de expansión del capitalismo: tras la primera guerra mundial se puso en marcha también un proceso semejante al que ocurre a partir de 1945; entonces las potencias capitalistas triunfantes se reparten los imperios de las derrotadas, Alemania y Japón. Pues bien, en el contexto

de la nueva división imperialista del mundo que se produce según los resultados de la segunda guerra mundial, el mecanismo de la «ayuda» internacional fue profusamente utilizado por Norteamérica para introducirse en las áreas coloniales de las naciones europeas devastadas (el proceso de descolonización se descifra también, en buena parte, desde esa perspectiva).

Los siguientes datos «dan una idea de hasta qué extensión la «ayuda» exterior ha permitido al comercio americano penetrar los territorios antiguamente reservados a las potencias europeas: así, antes de la guerra, los Estados Unidos absorbían alrededor de un 6 por ciento del comercio de la India y Pakistán; las importaciones de estos países procedentes de los Estados Unidos representaron ya en 1968 un 30 ó 40 por 100 de sus importaciones totales. Turquía, por tomar otro ejemplo, compraba a los Estados Unidos antes de la guerra alrededor de un 11 por 100 del total de sus importaciones; en 1968, este porcentaje se elevaba ya al 27 por 100. Nigeria estaba muy lejos de ser zona de influencia americana antes de la guerra; para 1966, sin embargo, la porción americana en sus importaciones alcanzaba ya el 7 por 100. Un informe de la AID remitido en 1968 a una comisión del Congreso de los Estados Unidos indica: «Mientras que África representa en general menos de un dólar por cada veinte dólares del comercio exterior norteamericano, esta proporción aumenta al año a un ritmo del 10 por 100; o sea, dos veces más rápido que la tasa de crecimiento del comercio americano con el resto del mundo en vías de desarrollo. Estas estadísticas indican un desplazamiento notable de la dependencia tradicional de África respecto a los suministradores

Europeos. Las exportaciones norteamericanas hacia los países africanos que reciben «ayuda», han aumentado en más del 55 por 100 en el curso de estos últimos años» (17).

### Balace de la «ayuda» a los países subdesarrollados

Los resultados obtenidos hasta ahora en el Tercer Mundo con la «ayuda» de las grandes potencias capitalistas, y en particular con la de la potencia hegemónica, no podían dejar de ser congruentes con la naturaleza imperialista de semejante «generosidad internacional». La «ayuda», en tanto canal de explotación y medio de dominación a todos los niveles —económico, político e ideológico—, no podía por menos que arrojar un triste balance de cara al progreso real de los pueblos «beneficiados»: «la tasa de crecimiento de los países subdesarrollados fue solamente del 5 por 100 anual entre 1960 y 1967, o sea, de 2,4 por 100 por cabeza, inferior a la de los países desarrollados; la producción alimentaria por cabeza se ha estancado y hasta ha declinado en ciertas áreas; la cifra de población adulta analfabeta se ha estabilizado o agrandado entre 700 y 800 millones de individuos. En conclusión, la separación entre el mundo desarrollado y su periferia se ha ensanchado en todos los planos» (18).

Y que conste que hemos prescindido en nuestro análisis del más fabuloso y violento componente de la «ayuda» al Tercer Mundo; el representado por la «ayuda» militar a los Regímenes políticos «cooperadores», o sea, a las dictaduras

(17) H. Magdoff, opus cit. Páginas 129 y 130.

(18) Samir Amin, opus cit. Página 143.

más sanguinarias de nuestra era. Por este conducto, como con toda exactitud se ha dicho, «se ha transformado a pueblos empobrecidos, pero pacíficos, en naciones aún más empobrecidas, pero belicosas» (léase Camboya, Vietnam del Sur, etcétera). En realidad, cuando los fraseólogos oficiales de la Casa Blanca inventaban, durante el mandato de Johnson, la sublime expresión de «alimentos para la paz», estaban diciendo «armas para el hambre y la guerra».

### El Evangelio, según mister McNamara

El señor McNamara, director del Banco Mundial, ha dedicado durante la pasada Asamblea de éste, celebrada en Washington el pasado septiembre, majestuosas declaraciones en pro de la «ayuda» a los millones de seres humanos amenazados por el hambre y la muerte en el Tercer Mundo. Nosotros preferimos remitirnos a sus declaraciones sobre el mismo tema en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo, celebrada en Chile en 1972 —precisamente en Chile, donde el Estado norteamericano ha prestado una verdadera ayuda al desarrollo... del fascismo y a la implantación de un régimen de terror, que lleva ya cobradas decenas de miles de vidas!—.

Las palabras pronunciadas por el señor McNamara en aquella ocasión parecen, ciertamente, extralíneas con todo amor del Nuevo Testamento: «De aquí al final de este decenio —dijo— nuestro deber está bien claro: debemos mirar cara a cara el problema de la miseria humana, determinar sus dimensiones, fijar un límite por debajo del cual no admitiremos su existencia y fijarnos como objetivo prioritario un umbral de dignidad y de decencia humana, realizable en el curso de una generación» (19).

Y nosotros nos preguntamos: ¿Si tan hermoso y humano programa de justicia social a escala mundial fuera realizable por un Banco, «que funciona según los más sanos principios comerciales», por qué no se ha realizado antes en un mundo dominado desde hace siglos por los Bancos?

Una leyenda bíblica cuenta que las murallas de la ciudad de Jericó fueron derribadas por el estruendo de las trompetas de los enemigos que las sitiaban. ¿Las palabras del señor McNamara vienen a ser las nuevas trompetas que pretenden derribar las murallas de la injusticia mundial por la sola presión de sus bellos sonidos? Ni siquiera eso. Su objetivo es, precisamente, el inverso: adormecer a los sitiadores. ■ J. A. S.

(19) «La Documentation Française», número citado. Página 63.

(16) G. Fournial, opus cit. Página 5.